

CFS-80

Veladas literarias del Ateneo.

*La puma*

*Veladas  
literarias del Ateneo.  
1881.*





Daniel Hurrell

of Macpherson

de la manzana

de la manzana

de la manzana

Le ho escrito en un tiempo de mucho tiempo que me acordaba de usted



Daniel Hurrell y Macpherson

en el sur de la manzana  
a la izquierda de la manzana

Mani de Hurrell



El no le habia o. c. c. u. f. l. n. a





Veladas  
literarias del Ateneo.

—  
1881  
—

Coleccion de articulos publicados  
en "El Comercio" de Cádiz,  
por

Carlos Fernandez-Shaw.

—  
Madrid,  
—



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW.





A mi queridísimo amigo

Don Daniel Yturralde y Mac'pherson.

¿A quien mejor que a ti, entusiasta admirador de nuestra hermosa literatura, pudiera dedicar estos apuntes tu amigo del alma

Carlos Fernández-Shaw<sup>2</sup>.



I

D Gaspar Nuñez de Arce.

---

## I.

Si al principio corresponde el fin, las veladas literarias que anoche en el Ateneo se inauguraron, serán una serie no interrumpida de ovaciones y de triunfos. Dudamos, sin embargo, que haya alguno mas entusiasta y espontáneo, que el que ha obtenido el eminente autor de *El vértigo*. La eleccion no ha podido ser mas acertada. Nuestro primer poeta, debia ser tambien el primero que leyese, y así ha sido.

Eran las nueve y media de la noche, y una numerosísima concurrencia, en la que sobresalian nuestros primeros criticos y poetas, se extendia por los salones y pasillos del Ateneo. Solo una conversacion reinaba, iba á leer Nuñez de Arce, un poema inédito; ante nuestros ojos iba á pasar seduciendo con riquísima armonía, brillante cascada que surgiria de los palacios del génio. ¡Qué fascinadora ilusion! Luego..... ¡qué insuperable realidad!

Llegó la hora, el salon de sesiones se fué llenando; por fin apareció el gran poeta en el estrado: seguíanle Moreno Nieto, Patacio (D. Manuel), Velarde y Gomez Ortiz. Adelantóse á la mesa, en sus manos iba el primer canto de *Hernán el Lobo*, el poeta iba á hacer conocer al público, por vez primera, una de las obras que dentro de poco en manos de éste, sera vara mágica, á cuyo seductor conjuro, brotará el entusiasmo, como á la voz de Moisés brotaban raudales cristalinos de las desnudas peñas del desierto! Sordo mormullo recorrió la sala y resonaron los primeros versos, trás el crepúsculo de la impaciencia surgió el ansiado sol... sí, ¡la poesía y un sol! ¡sus rayos como los del que domina

el firmamento, se extienden por toda la superficie de la tierra!

¡Hernán el Lobo, la noche con sus sombras! ¡Aurora, el alba con su placida luz! ¡El contraste es de una fuerza indescriptible! Pero... no adelantemos nuestras impresiones.

¿Quién es Hernán el Lobo? Es un señor feudal, de instintos sanguinarios como el águila, que como ella tiene su nido en las quiebras de una roca. ¿Quién es Aurora? Un ángel que esparce sus célicos resplandores sobre las densas tinieblas del alma del malvado. Es su esposa. El poema empieza con la descripción del castillo. Dice así:

#### I.

En solitaria y empinada roca  
de los montes Cantábricos, altiva  
rasga el espacio y en las nubes toca  
vieja torre feudal: la peña viva  
de donde arranca el resistente muro  
con tan áspero corte el paso cierra,  
que no hay otro castillo más seguro,  
coronando los riscos de la sierra.

#### II.

El peñon que le sufre, en dos partido  
por un extremo está, cual si de un tajo  
en formidable lid le hubiera herido  
el hacha de un Titan de arriba á abajo.  
Silvestre helecho y trepadora hiedra,  
los bordes cubren de la herida piedra  
por cuya enorme cavidad sombría  
surge espantable y prolongado grito,  
como si aquella mole de granito  
se doliese del golpe todavía.

#### III.

Es la voz del torrente fragoroso  
precipitado de escarpada altura,  
que al pasar por la estrecha cortadura,  
del castillo feudal, muralla y foso,  
se arremolina, se retuerce y choca,  
como la mar rugiente y espumoso,  
en las puntas y quiebras de la roca.  
Cuando acrecienta su rauda la nieve  
que derretida de las cumbres baja,  
y los cimientos sólidos conmueve  
del cerro, y peñas y árboles descuaja,  
ante aquel espectáculo sublime  
retumba el eco, la montaña gime,  
con medrosa ansiedad la res salvaje  
escapa sin cesar de risco en risco,  
se oculta laavecilla entre el follaje,  
en su nido el reptil, hasta en su aprisco  
la oveja se acobarda y solamente  
el águila caudal, cuya pupila  
reta y resiste al sol, vuela tranquila  
sobre las turbias aguas del torrente.

Era una tarde de Noviembre  
helada

como la losa de un sepulcro.

espesísima niebla oculta el azul del  
cielo, y al amor de la lumbre en un es-  
pacioso salón del castillo, se encuentra  
Hernán ahogando en vino su conciencia,  
y Aurora huyendo.

.....

Aquel Hernán que despertó en su seno  
amor tan infeliz y tan profundo,  
estaba allí como el reptil inmundado,  
pues se revuelca en pestilente cieno.  
Abrumado de crímenes, beodo  
sin luz en la razón, sin lé en el alma.  
y tranquilo tal vez.... ¡Nó! que entre el lodo  
jamás conserve el corazón su calma!  
No importa que con lábio balbuciente  
insulte á Dios, En su soberbia loca  
quizás quien más le agravia, más le siente.  
¿Quién tiene de los réprobos la clave?  
¿Arracan las blasfemias de su boca  
la impiedad ó el espanto? ¡Dios lo sabe!  
¡Nada hay estéril en el mundo! Crece  
el musgo humilde en la desnuda roca,  
entre nieves el líquen aparece,  
arraiga el pino en la rasgada grieta  
que abre la lluvia en el peñón tajado,  
sobre las tumbas el ciprés vegeta  
y el miedo en la conciencia del malvado.

(Frenéticos aplausos.)

De repente entra un pastor y avisa  
á Hernán que una banda de mercaderes,  
cargados de dinero, atraviesa los mon-  
tes. ¿Cuántos son? pregunta Hernán—  
¿Podrán ser vencidos? Si, replica el pas-  
tor y en cuanto al número

¿acaso el lobo  
cuando asalta un redil cuenta las reses?  
Hernán se dispone á hacer presa del bo-  
tín, las súplicas de Aurora son muy dé-  
biles para hacer mella en su corazón de  
bronce, los agudos sonidos del clarín  
guerrero rasgan los aires, Hernán sale  
á la montaña. Aurora cae rendida sobre  
el frío pavimento. Un rayo de luz del sol  
poniente rasga entonces la niebla y tras-  
pasa los vidrios de colores como si Dios  
le enviara para depositar un beso en su  
nevada frente. ¡Qué pensamiento tan  
divino!

.....

Cuando la codiciosa comitiva  
iba cruzando el puente en son de guerra,  
ya con su luz dudosa y fugitiva  
doraba el sol los picos de la sierra,  
y lentamente por la mística alfombra  
de los oteros y cañadas, iba  
subiéndose y espesándose la sombra.

Y el primer canto concluye.

La última producción del génio privilegiado de D. Gaspar Nuñez de Arce reúne tantas bellezas que citarlas una por una sería imposible empresa. Ya nuestros lectores habrán podido apreciar por los anteriores trozos, el vigor de la versificación, las *inimitables* descripciones, la riqueza insuperable del epíteto, la grandiosidad de los pensamientos, lo seductor de las imágenes. Los dos caracteres, únicos según ayer escuchamos de labios del poeta, que en su obra han de intervenir, son de tal grandiosidad, contrastan tan magníficamente, que del choque no puede ménos de resultar lo sublime, como la luz del choque de la dura piedra y el resistente eslabon. Cuatro cantos tendrá el poema, y la imaginación se pierde pensando que si es así la introducción de la historia, qué no producirá la riquísima mente del poeta, teniendo en sus manos tan poderosos materiales. ¡El triunfo es suyo y será suyo! ¡Para el talento reconocido no hay barrera! Los versos del Sr. Nuñez de Arce son timbre glorioso de nuestra literatura. ¡No merece llamarse español quien no admire estos poemas! decía anoche loco de entusiasmo, uno de los más fervientes adoradores de nuestro primer poeta.

¿Qué diremos del entusiasmo del público? Nada que no pueda parecer pálido ante la realidad. Nuestra memoria se ofusca, al querer recordar las veces que brotaron del público los gritos de entusiasmo, las veces que ensordecieron los atronadores aplausos. El que sonó al concluir la lectura parecía no concluirse jamás. El poeta inmóvil, dominado por la emoción saludaba. ¡Algunos dicen que vieron una aureola que circundaba su espaciosa frente!

Lo bueno siempre parece poco, por eso al concluirse la lectura anunciada, solo se levantaron de sus asientos los socios que iban á suplicar al génio, nos dejase saborear nuevamente las dulzuras encantadoras del idilio.

Aquellos cuadros llenos de sentimiento y de ternura volvieron á hacer vibrar



las fibras de todos los corazones, y volvieron los aplausos y los bravos y la ovacion y.... ¡el triunfo!

¿Habré exajerado dejándome llevar de mi ardoroso frenesí? Yo le aseguro á mis lectores que nó, todo mi entusiasmo se ha reconcentrado en estas líneas, fiel emblema de sincera admiracion; para reprimir este entusiasmo hubiera tenido que atenazarme el pensamiento y arrancarme en pedazos el ferviente corazón!

Madrid 23 Enero 1881.

II

D. José Velarde.

---

II.

Era la tarde del pasado Miércoles y al cruzar por uno de los pasillos de Ate-  
neo, el que alguien me llamaba. ¡Cuán  
no sería mi agradable asombro al en-  
contrarme con el comienzo de una reu-  
nion poética celebrada á baja voz en uno  
de los mas apartados rincones! Allí esta-  
ba Martos Jimenez, el distinguidísimo  
secretario de la seccion de Ciencias mo-  
rales y políticas; Sanchez Arjona, el no-  
table poeta sevillano; dos jóvenes de  
gran porvenir, uno el Sr. Hñestrosa,  
elocuente y profundo orador de la dere-  
cha, y otro el Sr. Herreros, poeta de  
gran inspiracion, y por último Velarde,  
el tan modesto como inspirado autor de  
*La Veluda*.

Allí, de su boca, oimos todos cuadros  
y pasajes notabilísimos de su nuevo poe-  
ma *Fernando de Laredo*, que iba a leer el  
Sábado ante el ilustrado público del Ate-  
neo, y todos á una proclamaron que es-  
peraba al poeta una tan entusiasta como  
caurosa ovacion.

Y no han sido desengaños ni mucho  
menos nuestras esperanzas; si mucho es-  
perabamos, mucho mas ha sido. El Ate-  
neo ha premiado como merecia la inspi-  
racion que rebosan todas las estrofas, las  
riquísimas descripciones que bordan la  
sencilla accion del poema.—Allí estaban  
entre aquel público batiendo palmas,  
Moreno Nieto y Nuñez de Arce, Palacio  
y Sanchez Moguel, Blasco y Cavestany  
y otros mil amantes de nuestras letras ó  
cultivadores entusiastas de ellas... ¡y el  
angel del entusiasmo batia sus alas sobre  
aquella muchedumbre que solo tenta oidos  
para escuchar, ojos para ver y manos  
para aplaudir! ¡Grandioso triunfo!

La escena del poema pasa en un pue-  
blécito de Andalucía, reclinado en las  
faldas de altísimas montañas.

Ni aún en sueños la mente se figura  
lugar de más grandeza y hermosura.  
Mil picachos perdiéndose en la esfera  
recortan el espléndido horizonte:  
es invierno en la cúspide del monte  
y en el fondo del valle primavera;  
amenaza el alud en la alta cumbre  
por quebradizas rocas sostenido,  
al llauo con su inmensa pesadumbre;  
rauda la catarata se despeña  
la luz quebrado y con feroz rugido,

de tajo en rambla, de barranco en breña,  
completando lo bello del paisaje  
los juegos caprichosos del celaje  
en múltiples colores encendido,  
y el pueblo que se oculta como un nido  
en la verde espesura del follaje.

Allí se eleva la casa solariega de Laredo. Un joven cruza precipitado por uno de sus anchos salones, sosteniendo con su madre vivísima conversacion.— Quiero ver el mundo, este aire me sofoca! dice él enardecido.—¿Pero qué te falta?—le pregunta su madre con hondo desconuelo. Entonces Fernando en un arrebatado de ferviente entusiasmo exclama:

Pregúntalo al leon encadenado:  
luz, espacio, poder, la vida, todo,  
(dice el hijo) y prosigue arrebatado.  
Cuando oigo hablar de heróicos paladines  
de fuerte brazo y de gallardo porte,  
de combates y cañas y festines,  
de opulentos magnates de la corte,  
y de lejanas tierras donde el oro  
tanta sed de riqueza ha satisfecho,  
la lava de un volcan arde en mi pecho,  
rojo de rabia y de impotencia lloro.  
¡Lo que yo sufro entonces tú no sabe!  
¡Oh, cuántas veces persiguiendo el vuelo  
del águila caudal, dudé del cielo  
que me negó las alas de las aves!

Al fin la madre vence y el mancebo  
rendido por tanta lucha se rinde envuelto  
en las tinieblas densas de un sueño  
profundísimo, sueño en que debieron  
volver a acosarle sus vehementes deseos,  
como aletean por la noche alrededor de  
la frente del malvado, los cuervos de sus  
males pensamientos, y a la vez por miedo  
se alejan un poco a los rayos de la auro-  
ral—¿No es el sueño la noche de la exis-  
tencia?

Fernando ama á una joven seduc-  
tora;

Dá su morena tez al raso enojos;  
solo flores componen su atavío;  
negros son sus cabellos y sus ojos  
y sus labios más húmedos y rojos  
que cerezas bañadas de rocío.

Sus súplicas tampoco logran disua-  
dirlo; ni su amante ni su madre pueden  
apagar la llama destructora de su fer-  
viente idea que á veces desaparece en-  
tre los ruegos para surgir más pujante!

Vá cayendo la tarde y el jóven abandona su pueblo natal, no sin dolor, pero con firmísima resolucion, templada por el rigor de la lucha sostenida entre su voluntad y su conciencia:

Allí quedan los surcos que regados fueron por el sudor de sus mayores, y aquel cañaveral cuyos ruidos parecían llorar con sus cuidados, ó repetir sus cánticos de amores.

La madre allí que llora y le reclama y á Dios le pide que dichoso sea; el lebré que buscándole rastrea, y con ahullido lúgubre le llama; aquel árbol del huerto tan lozano que el alto techo de la casa cubre, de nidos siempre lleno y dando ufano leña en invierno, sombra en el verano y dulcísimos frutos en Octubre, y el templo en fin, que oyó las santas preces de sus primeros años, y la reja do amor eterno le juró mil veces ay! á la triste á quien bebiendo deja el cáliz del dolor hasta las heces!

Duda. ¿Retornará?—No; de repente recobrando el corcel se precipita del repecho por la áspera pendiente, y atrás dejando los paternos lares, cuanto más corre el bruto, más le excita y se pierde entre espesos olivares.

Comienza el canto segundo. Vá cayendo la tarde envuelta en ese manto de sombras y meancolias que Dios extiende sobre las de Otoño, y allí al pié de una cruz en un repecho del camino se encuentra Fernando. Trás larga ausencia, vuelve á su hogar con el corazon hecho pedazos, y su mirada ansiosa apenas si distingue entre la bruma los tudecisos contornos de la amada aldea. Fué buscando la dicha y nunca la encontró, ni entre el estruendo de la guerra, ni entre las dulzuras de la paz; cruzó anchos mares, imagenes de sus alborotados pensamientos, pisó nuevos continentes reanizando el ánsia del corazon; pero la dicha siempre huía, ~~huía~~ ~~señalaba~~ en que se confundian negras sombras de la noche y ténues rayos de la aurora! ¡Qué bien expresa Fernando su amarguísimo dolor!

Con nada mi ambicion se satisface;

apenas en mí muera un devaneo  
otro mejor de sus cenizas nace;  
y ni un punto mi espíritu reposa  
roido por la larva de un deseo  
que jamás se convierte en mariposa.

Tras largo padecer, entra en el pueblo, busca aquella casa solariega, recuerdo de su infancia y no la encuentra. Va cayendo la noche. A un campesino pregunta ¿qué fue de la casa de Laredo? y éste despiadado, sin conocerle, cuéntale cómo la casa fué arrasada en la guerra con los moriscos, cómo su madre murió de pena, asesinada por las maldades de un hijo perverso. ¡El cuervo del dolor que revoloteaba alrededor del pensamiento de Fernando, anida en su pecho y se convierte amenazador en buitre del remordimiento! Corre desolado a aquella reja, testigo de sus amores mas puros que la luz de la luna que tantas veces envolvía entre sus rayos á la pareja enamorada y allí encuentra al hijo de su amante y mil agudos dardos se clavan en su dolorido corazón. Impulsado por el vértigo, corre al cementerio, salta sus blancas tapias y allí entre las sombras de su dolor, de su remordimiento, de su crimen y de la noche, cae precipitado en ese abismo todo sombras..... ¡el abismo de la muerte!

Todos los poemas de Velarde eran leídos por el público con gusto y avidéz, pero ninguno llega á la altura de *Fernando de Laredo*... *Meditacion ante unas ruinas* era un feliz é inspirado ensayo, *Fray Juan* una esperanza fascinadora, *La vedada* un avance prodigioso, *Fernando de Laredo* una prodigiosa realidad. ¿Por qué? Porque no solo la forma es insuperable en riqueza y armonía, sino porque el pensamiento desarrollado en él es grandioso y arrebatador.

Y sin embargo, cuando aún se escuchaba el eco de los frenéticos aplausos, cuando estaban en su áuge los imparciales y justísimos elogios, la envidia y la mala fé se deslizaron por los pasillos del Ateneo é hirieron con su áspid venenoso á personas de reconocido talento (¿á qué negario?) que se deshicieron en ataques horribles contra la nueva obra de

mi queridísimo amigo y paisano... ¿Qué decían? ¡Os vais á asombrar! Que el poema no tenía acción, no tenía fondo, no tenía trascendencia. ¡Error crasísimo! Mis lectores lo habrán ya así juzgado y yo procuraré demostrarlo en breves frases.

Vamos por partes. ¡Que el poema no tiene acción y por tanto no puede llamarse poema! (¡qué tales eran sus argumentos!) Dejando á un lado la cuestión de que hay poemas realmente sin acción como *La última lamentación de Lord Byron* y nadie ha negado que sea un poema, ¿qué más acción queréis, señores descontentadizos, qué más luchas queréis que la que en *Fernando de Laredo* se desarrolla, cuando su protagonista es el emblema de la humanidad siempre persiguiendo una dicha que no encuentra, cuando allí se desevuelve la ambición siempre egoísta, el amor á la gloria siempre desinteresado, el amor de la madre siempre puro, el amor de la amante siempre inmenso, infinito, si es verdadero? ¿Queréis más lucha, más carácter, más afectos para un poema que los que el que nos ocupa contiene? Reconoced que pedís un imposible y que quien con ínfulas pretende imposibles suele hacer el papel de don Quijote. ¿Qué no hay fondo? Pues qué más fondo queréis que tan hermoso argumento. ¿Qué no hay trascendencia? Dejando la cuestión de si el poema la tiene ó no, que esto nos llevaría muy lejos, ¿en nombre de qué pedís esa trascendencia? Dejad al poeta que realice la belleza que es el fin del arte, y si la realiza no le neguéis vuestro aplauso. Si es además trascendental, sea en buen hora, pero ¿negareis el nombre de sol al que reanima nuestro aterido cuerpo en los helados meses del invierno, porque no brille con el mismo fulgor, porque no abraza como en los meses del verano? No, de ningún modo!

Velarde se ha colocado con su nuevo poema á una mayor altura de aquella en que ceruía su vuelo, á despecho de sus implacables enemigos. Así se lo demostraron los atronadores aplausos del público imparcial, aplausos á los que unimos el nuestro humilde, pero bien sabe Velarde que entusiasta.

A invitacion de sus admiradores leyó luego su preciosísimo poema *La venganza*, recibiendo nuevas expresiones de admiracion.—Esta obra aunque publicada, no se habia aun leído en el Ateneo y produjo buenísimas impresiones

En los pasillos.—*Uno.* Estos poetas de Sevilla son un prodigio, tienen una fantasia mas viva que la luz del sol.

*Otro.* ¿De Sevilla dice V.? No, hombre no. Velarde es de un pueblecito de la provincia de Cadiz, que se llama Conil, sino que algunos sevillanos tienen mercado empeño en llevarse parte de la gloria.

*Ego.* (Para mis adentros). Justo, tiene V. mucha razon, Velarde es una gloria de Cadiz, ¿por qué ese empeño en quitársela?

*Una voz invisible.* ¡Enigma profundo!

Jrid 7 de Febrero de 1881.



III

D. Eusebio Blasco.

---

### III.

Suspendióse el Sábado pasado la del Sr. Blasco por ciertas cuestiones que han dado justamente no poco que hablar, pero se verificó por fin anoche, empezando á las diez, muy cerca, con un público compuesto en su mayoría de personas desocupadas, deseosas de pasar el rato de la manera mas agradable posible, como en efecto debieron pasarlo á juzgar por sus espontáneas risas y sus nutridos aplausos. Sin embargo, para los que juzguen la cuestión con un punto de miras mas elevado, la Velada de anoche, no puede llenar en modo alguno su verdadero objeto. Luego diremos por qué.

Hagamos ante todo para proceder con orden una ligera reseña del acto. Echeagaray, Moreno Nieto, Grilo, Palacio y Sanchez Moguel fueron los que acompañaron al estrado al distinguido autor de *El pañuelo blanco* y *El baile de la Condesa*. Empezó la lectura, que se dividió en dos partes, una de artículos en prosa y otra de poesías humorísticas. Compusieron la primera un discreto é intencionado artículo titulado *El imperio entre bastidores*, que consigna atinadas observaciones sobre la visita que hizo á Adalina Patti, la noche de su beneficio en Berlín, en el mismo cuarto de la *diva* el octogenario emperador Guillermo. Siguió á este otro, en extremo gracioso con el título de *D. José Primo* que fué muy aplaudido. Terminó esta primera parte con la sentidísima reseña *Una existencia perdida* que fué con justicia (por ser el mejor de los trabajos leídos) objeto de grandes elogios y *La formalidad*, chispeante crítica y ligera por extremo, publicada ya en el libro que titulado *Malas costumbres*, púsose á la venta este verano, editado esmeradísimo por la empresa de *La Ilustración Española* y que tan grande aceptación obtuvo.

Formaron la segunda parte cinco poesías. Fué la primera el *Himno á las alpergatas*. *Carta de verano*, escrita desde Biarritz á Isidoro Fernandez Florez. Criticase en ella con vivos colores la vida poco arreglada del verano en el delicioso puerto francés, vida que en vez de formar agradable y pacífico paréntesis de las agitaciones de los grandes centros, es

satiras estensas, intencionadas, llamadas á producir efectos reales, epístolas de trascendencia suma, en modo alguno poesías que en toda clase de reuniones merecerán nuestros aplausos y tendrán su lugar, pero que no deben leerse en las Veladas, cuyo carácter y cuyos fines hemos procurado determinar en las líneas anteriores. Se nos dirá tal vez que somos demasiado exigentes é intolerantes. Este cargo no nos cogerá solos. Siempre hemos sido y seremos intolerantes en estas cuestiones; en materia artística está probado por la experiencia que la bondad injustificada solo ha producido la perversión del gusto del público y el aumento de suavidad en la resbaladiza pendiente por donde tantos autores guiados por su mal criterio y halagados por imprudentes alabanzas han caído para no levantarse mas. ¿Qué sería del arte español si no abundaran los críticos intolerantes, si bien unos exagerados hasta el extremo y petulantes hasta lo infinito, resultado del humo que llena sus vacíos de doctrinas y de ideas y de pretensiones, inflados cerebros; otros con exacta rectitud de juicio, y moral independiente, las que dan de sí el sano criterio, la percepción de la belleza y la confianza en la posesion absoluta de la verdad inmutable.

Como quiera que las producciones leídas anoche en el Ateneo, por D. Eusebio Blasco, no cumplen con las condiciones que á nuestro juicio deben tener las obras que en las veladas literarias de tan ilustrado centro se lean, por eso hemos dicho y ahora afirmamos que dicha velada no pudo satisfacer á los que como nosotros miran estos actos con un fin algo mas elevado que el de pasar agradablemente el rato. Y no queremos decir mas sobre tan enojoso asunto.

Un hecho llama ahora poderosamente nuestra atencion, hecho que pasaríamos por alto, si no hubiese sido objeto de hablillas y comentarios nada favorables para aquellos que lo llevaron á cabo. Sabido es que D. Eusebio Blasco que parecia haber militado por algun tiempo en las filas del partido conservador, ha declarado solemnemente en estos últimos dias pertenecer en alma y cuerpo á la

democracia y al partido que capitanean los Sres. Raiz Zorrilla, Martos y Salmeron. Su primer artículo de anoche parece una profesion de fé. Concluye con estas ó parecidas frases. «La situacion de Europa se me presenta como un tablero de ajedrez, en el que las negras representan, el tradicionalismo, el pasado, lo convencional y las blancas el espíritu moderno progresivo y civilizador. Yo me atreveria a poner debajo, las blancas juegan y dan mate en todas las jugadas.» Esta idea que fué acogida por la izquierda con nutridísimos aplausos, produjo en la derecha un significativo silencio, silencio que comprendemos y que en manera alguna censuramos; ahora lo que no tiene esplicacion para nosotros es que todas las demás composiciones tuvieran en aquel lado del salon igual acogida. ¿Es que creen que debe negarse el aplauso al literato porque profese opuestas ideas en el terreno político y filosófico? No y mil veces no. Esto solo apuntamos, ni siquiera lo suponemos porque haria muy poco favor á los señores de la derecha á los que profesamos tanta admiracion como respeto. ¿Es qué todos, absolutamente todos ellos tenian las mismas ideas nuestras vertidas en los párrafos anteriores? Tampoco, porque bien rieron y celebraron las festivas composiciones del Sr. Blasco. Dejamos pues la solucion del enigma y los demás comentarios á la alta consideracion de los que esto lean y sobre esto mediten.

Hemos concluido; tan solo diremos ya que si bien el Sr. Blasco leyó ciertos pasajes con galanura é intencionada expresion, otras veces (usando su frase del artículo publicado en las *Entre páginas* de *El Liberal*, referente á la velada del Sr. Velarde) lo hizo despiadadamente mal.

Madrid 27 de Febrero de 1881.

IV

D. Manuel del Palacio.

Don Manuel del Palacio fué el poeta encargado de la cuarta velada literaria que el Sábado tuvo lugar en el Ateneo de Madrid, y verdaderamente si la obligación no nos hubiéramos impuesto de hablar de todos estos actos, hubiéramos condenado por esta ocasión nuestra pluma a perpetuo silencio por no encontrar en nuestra memoria suceso notable alguno en la tal velada, digno de mención, que pudiera dar á aquella ocasión de que guiada por el entendimiento emborrónase más ó ménos papel esponiendo más ó ménos acertadas apreciaciones ó juicios.

Cumpliendo pues con nuestro deber, satisfecho por nuestra parte quedará en esta ocasión con qué hagamos una ligera reseña del acto á que estos renglones desatinados é incorrectos se refieren. Cerca de las diez serian cuando subió el poeta al estrado, en compañía de los señores Moreno Nieto, Velarde, Grito, Sanchez Muguel y Gomez Ortiz. Un ligero preámbulo tuvo á bien el Sr. Palacio poner á su lectura para darnos la dolorosa noticia de que estando sus poesías satíricas inéditas en poder de un editor de Sevilla para su próxima publicación, todo lo que él pusiera de su parte en la velada habria de ser serio... ménos la persona.

Concluido este ligero preliminar, comenzó la primera parte de la lectura, formada por poesías líricas, todas serias pero en algunas de las que brotaban algunos chispazos del culto ingenio satírico del autor, por aquellos del refrán de *la cabra tira al monte*. Hé aquí los títulos de estas poesías: *Mi tierra*, *Llamando á una puerta*, *A una mujer*, *Dos tipos en dos sonetos (una Eva y un Adán)*, *La ola y el escollo*, *El valle de la muerte*, *Tierra!*, *Pensamiento*, *Melodia*, *Sobre una piedra*, *Noviembre*, *Vetus umbra*, *Diálogo con un enterrador*, *Esclavitud*, *Trova*, fragmento del segundo canto del poema *El imp sible* y *Autonomía*. Todas ellas fueron acogidas con significativos murmullos de aprobación y algunas con nutridos aplausos que partian de todos los ámbitos del salón. Y concluyó la primera parte.

Hé aquí ahora algunas de dichas poesías.

#### PENSAMIENTO.

No van la esplendidez ni la miseria  
del nacer al capricho encadenadas,  
se nace miserable en cuna de oro  
y opulento en la paja.

Por mucho que se encubre la fortuna,  
por mucho que alce el pedestal la fama,  
¡Solo una elevación hay sin medida!  
¡la elevación del alma!!

#### MELODIA.

Cuando las luces del altar se apagan  
y en los tabios espira la oración,  
quedan del alto templo entre las naves  
el humo del incienso  
y el eco de la voz.

Bajo la sombra de ciprés oscuro  
duermé hace tiempo mi primer amor,  
más guardan, desvelados centinelas,  
¡su imagen mi memoria!  
¡su sé mi corazón!!

#### UN ADAN.

Todos le conocen, ¿quién es?... e ignora;  
vive como un nabab y está tronado,  
se disfraza con título soñado  
y con fingida cruz, se condecora.  
Suele llevar en coche á una señora  
por más que á veces niega ser casado,  
y en salones y clubs es celebrado  
por lo que juega y charla y enamora.  
En todas las corridas hinca el diente,  
predica la moral, odia el suicidio,  
y á lo mejor se eclipsa de repente;  
cuando regresa triste como Ovidio,  
dice que ha estado en Africa y no miente,  
que también está en Africa el presidio.

Fragmento del segundo canto del  
poema *El imposible*.—Legada á Roma  
del protagonista y su criado.

Ni un árbol, ni una flor!... Negras colinas  
interrumpen á veces de aquel llano  
la triste soledad... Allá á lo lejos  
sobre las ágrías cumbres del Albano  
derrama el sol sus últimos reflejos.  
Pirámides de ruinas  
dan por asiento la gastada piedra,  
y en el frontón hundido  
busca reposo la torcaz paloma,  
mientras bebiendo el aire corrompido  
bajo un dosel de hiedra  
sus anchas fauces el lagarto asoma.

Del acueducto erguido  
logra la cabra dominar la altura  
y allí su sed ardiente  
templa en el hilo de agua transparente  
que entre las rotas bóvedas murmura.  
Oyese de repente  
sordo rumor que turba al más sereno,  
es un búfalo enorme  
que oculto en el repliegue de una roca  
se baña revolcándose en el cieno;  
la cabeza deforme  
mueve con lentitud acompasada  
y espuma destilando por la boca,  
gira en torno la estúpida mirada.

De prouito al ensancharse la vereda,  
vieron desde la cúspide del monte,  
del ancho valle la estension vacía,  
dibojóse en el diáfano horizonte  
de la villa Pontili la arboleda  
y Roma apareció; lento se vía  
del *Angelus* sonar el dulce coro  
que en cuatrocientas torres repetía  
de las campanas el metal sonoro;  
y entre el vapor de la indecisa bruma  
como arrastrando al mar su historia impía  
sin ruido y sin espuma  
el Tiber sonoliento se perdía.

Y basta por ahora de versos y des-  
cendamos al ruin terreno de mi insulsa  
prosa. Dos preciosas leyendas en roman-  
ce compusieron la segunda parte, una  
titulada *El hermano Adrian* y otra *La  
calle de la cabeza*. Hablaremos de ellas  
por el mismo orden que las hemos nom-  
brado que fué en el que se leyeron. Es-  
tamos en Córdoba en el año de 1570, y  
un grupo de alegres muchachos dedica-  
dos al arte de la pintura salen en bulli-  
cioso tropel del estudio de Pablo de Cés-  
pedes. Del grupo separáanse dos mance-  
bos

.....casi de igual apariencia  
por más que el uno tenía  
faz desdenosa y morena  
que iluminaban á ratos  
dos ojos como centellas  
y el otro el semblante dulce  
y la rubia cabellera  
de un querubín arrancado  
del tríptico de una iglesia.

Por Agustín del Castillo  
contestaba el de faz seria;  
el rubio, infeliz expósito  
llamábase Adrian á secas.

Ambos dirígense á la orilla del Gua-  
dalquivir y allí sentados sobre la yerba  
entablan animoso diálogo que versa so-  
bre qué ha de versar tratándose de jóve-  
nes y de artistas? de amores. En ella



Adrian habla a su amigo de su enorme  
pena porque la elegida de su corazón va  
á casarse con otro. «¡Irá á casarse!»  
pregunta Castillo. «Con pena» replica  
Adrian, «ta engaña Adrian con amor»  
dice su amigo, añadiendo al enamorado  
mancebo que si quiere convencerse de la  
infidelidad de su amada acuda junto á  
la torre de la Malmuerta á las doce de la  
noche, cuando Córdoba yace en brazos  
del sueño, á la hora en que en aquellos  
tiempos solo velaban el crimen y el amor.

Y dejando en soledad  
la oscura y triste ribera,  
ambos con planta ligera  
perdiéronse en la ciudad.

Es de noche: han sonado las doce y  
dos sombras confusas se perciben junto  
á la torre de la Malmuerta. De pronto se  
repuegan tras una esquina y dirigen sus  
miradas á una ventana al través de la  
cual luz se percibe proyectando vaga  
sombra. Es una mujer. Esta turbada,  
mas sale al fin de su turbacion al escu  
char sonoros pasos en la oscura y desierta  
calle.

Tres exclamaciones mudas  
que el alma robó á la lengua  
dijeron á un mismo tiempo,  
¡amor! ¡castigo! ¡vergüenza!

Llega el embozado bajo la ventana  
desde dónde la niña enamorada le arroja  
una llave. Mas no tuvo el galan tiempo  
de recojerla, porque otro embozado grita  
do ¡Atras! puso sobre ella el pié. Sonó  
en la ventana un grito, surgió otra som  
bra y dos espadas relampaguearon. ¿Qué  
haces Agustín? pregunta Adrian á su  
denonado amigo. «Vengarte» este le  
contesta. «Reñid los dos conmigo» gritó  
el atacado que dió principio á la pelea  
sujetando su capa y reclinándose contra  
la pared. Pero Adrian al ver su faz ilu  
minada por la luz de la luna se arrojó  
con tal violencia entre los combatientes  
que, herido cayó á tierra. De pronto em  
pezaron ventanas y rejas á abrirse, entró  
el enamorado galan en casa de su dama  
y Agustín levantando en sus brazos á su  
amigo huyó por una oscura calleja.

Gotas de sangre en el suelo,  
una llave casi nueva,  
mucho córrillo en la plaza  
y mucha boca indiscreta,

ese halló no más la ronda  
cuando armada y soñolienta  
llegó al lugar del suceso  
con su alcalde á la cabeza.

Verificase una gran fiesta en el convento de los Carmelitas para celebrar la inauguración de una capilla, y el público admira entusiasmado un gran cuadro, para él anónimo, y que es original de Adrian, quien desconsolado, ingresa do-habia en la Congregacion. Este no quiere asistir á la ceremonia. Mientras esta se celebra, Adrian queda solo en su celda en la que despues de leer una carta de su fiel Agustin, quema sus papeles y cae desplomado.

La segunda leyenda es referente á una tradicion madrileña, y puede resumirse de este modo. Un malvado que decapitó á un sacerdote, protector suyo, vuelve á Madrid despues de esquivar la accion de la justicia, compra en el mercado y envuelve en su capa una cabeza de carnero, la gente le sigue porque vá dejando tras si sangriento rastro. Va á satisfacer á los curiosos y al descubrir la cabeza de carnero, esta se ha trocado en la de aquel á quien asesinó. El malvado es preso y entregado á la justicia. La accion de ambas leyendas está bien desarrollada y están esmaltadas de buenas imágenes y pensamientos.

Esto, es pues, en resumen lo que ofreció la velada del Sr. Palacio, quien recibió en estas dos leyendas muchos aplausos. Sentimos no poder decir más absolutamente nada más!

Madrid 14 de Marzo, 1881.

V

Don Ramon de Campoamor.

---

Deben ser en la vida momentos inolvidables, cuyo recuerdo satisfactorio jamas del corazon se apartará, aquellos en que un público numeroso y entusiasta prodiga una ovacion al hombre de génio, y proclama como admirable, aquello que forjó y dió forma artística la mente acalorada del verdadero poeta. Sin comparacion en su respectivo órden estas emociones serian, si no les igualase el acendrado cariño que, desde aquel instante debe ir en aumento, hácia aquel hijo de la fantasía, producto de tantos desvelos y cavilaciones que realizan completamente su grandiosa mision.

Una de estas emociones debió sufrir ó mejor dicho sentir el eminente poeta Sr. Campoamor, cuando al concluir la noche del Sábado la lectura de su admirable poema *Los buenos y los sabios*, el ilustrado público del Ateneo le tributaba la ovacion que merece su indisputable talento.

Y en verdad que pocas ovaciones seran tan merecidas como la que el señor Campoamor recibiera. No sé por qué, pero el hecho es que es verdad, ha bajado hoy mucho el nivel desde el que son los hombres dignos del público aplauso y de la general estimacion. Medianias insoportables é inadmisibles vemos hoy coronadas por el trianfo y si bien algunas, llenas de su mérito injustificado, suben cual inflados globos y al fin se pierden de vista para bien de la humanidad, otras permanecen molestando al paciente espectador, haciéndose tan inasufribles como incontestable es su falta de talento, de buen gusto y de otras estimables condiciones que tal vez conozcan de oídas, pero entre las cuales habra algunas que no conozcan, ni aprecien en su verdadera y justa consideracion. Por eso tanto nos halaga cuando vemos entre tanto triunfo inmerecido, uno siquiera admitido y sancionado por la recta é inapelable justicia. Y entre los triunfos merecidos ¡qué pocos pueden ponerse en nuestros tiempos a la altura del del señor Campoamor!

Dió el insigne poeta su velada el 26 del presente y fieles á nuestra obligacion y quizá mas desconfiados que nunca, procuraremos dar a nuestros lectores lijera pero exacta idea de tan solemnisimo acto. Solo al considerar que hemos de ocuparnos, que hemos de hacer un juicio mas ó menos profundo de tan eminente escritor, nuestra pluma se detiene, nos falta el aliento, tememos que nuestra presuncion se convierta en realidad, que las líneas que le dediquemos no sean de lo peor que somos capaces de producir, porque la misma impresion que causa en nuestro ánimo su renombre universal, el mismo anonadamiento que sufrimos ante su inmensa fama, conturba nuestra inteligencia, y la pluma no sabe qué escribir y el pensamiento se detiene y no habla frases acomodadas á su expresion porque la voz indócil, turbándose vacila. ¡Extraño efecto! ¡Efecto proverbial de lo sublime!!!

Es D Ramon de Campoamor uno de los ingenios mas preciaros que ha producido nuestra literatura contemporanea. No me atreveré yo a afirmar como hacen otros con genial desenfado que es hoy el primero de nuestros poetas: tiene un poderosísimo rival en el talento artistico del eminente autor de los *Gritos del combate*. Tampoco cegado por parcialidad injustificable, llevaré mi entusiasta admiracion hasta el punto de decir que es el jefe mas trascendental del movimiento de nuestra moderna literatura, mas sin embargo ¿quién podrá negar que Campoamor es uno de nuestro primeros poetas? ¿quién que sus obras son bellas? Nadie, porque se levantaria unánime a voz de ese severo tribunal de la opinion pública que, con la fuerza poderosa de la razon, llevaria el convencimiento á quien negara axioma tan palpable. ¿Quién negará la luz del dia? Sin ser ciego, nadie, porque el sol penetrando por sus ojos, abriendo á su vista inmensos horizontes, descubriéndole torrentes ignorados de inspiracion, daria al traste con su error caprichoso, con sus afirmaciones ridiculas y descabezadas.

Dos son los títulos de gloria de Campoamor: uno las *Doloras*, otro los *Pequeños poemas*. ¿Quién no conoce en España las doloras? mejor, preguntad ¿qué español (y cuenta que habiamos de las personas celtas que por desgracia no están en mayoría en nuestra patria) no conoce

á Campoamor? porque, conocerle y no conocer las doloras es tan incomprendible como admirar la luz del día sin conocer el sol. Esas composiciones que unas veces en cuatro versos encierran profundísimos pensamientos, que asoman á los labios espontánea sonrisa ó van rectas al alma descubriendo profundísimos dolores, todas impregnadas de sentimiento, ese móvil divino, único que hace vibrar al unisono las fibras de todos los corazones, son el florón quizá mas rico de su corona de poeta, la atmósfera que mas elementos presta de vida á la antorcha refulgente de su fama.

Y hablemos ya de los *pequeños poemas* para descender á aquel cuya lectura es el objeto de los presentes desaliñados renglones. Son los *pequeños poemas* unas obras en las que el autor vá recogiendo esos asuntos que cualquiera despreciaría y en los que el autor, mediante aquella galanura que tan característica le es, encuentra motivo para composiciones, objeto de generosa admiración y asombro. Ya busca sus inspiraciones en la soledad tenebrosa de un tren que silenciosamente se desliza sobre los férreos *rails* como la pasión se desliza en el alma por los *rails* del sentimiento, y el espectáculo de las sombras y fantasmas que se forja una imaginación calenturienta, y aquellos amores muertos y aquel amor que nace, como si de dos soles casi estinguídos que giran en el espacio y chocaran naciera un nuevo sol, y aquel desencanto horrible y desconsolador, engendran uno de sus mejores poemas, el que todos hemos conocido y admirado con el título de *El tren espreso*. Ya es su punto de observación aquel esperar terrible, aquella tardanza malhechora que originan aquella joyita que se titula *la Historia de muchas cartas*, ya son su objeto aquellas pasiones desenfrenadas y aquellos desengaños espantosos de *Las tres rosas*, ya aquella alegría íntima que se despierta en el alma por la voz del recuerdo al evocar memorias íntimas de los días que volaron, síntesis de *Dichas sin nombre*, ya tantos y tantos otros motivos que dan origen á todos sus bellísimos poemas.

Y abandonando ya estas digresiones, veugamos al punto concreto, motivo de esta revista ó sea la lectura por el Sr. Campoamor, en el Ateneo, de un poema inédito *los buenos y los sábios*, cuyo primer canto estaba ya publicado en la última lujosa edición de sus *pequeños poemas*.

De cinco cantos consta este postrero, y en ellos el autor desenvuelve un plan grandioso, impregnado como casi todas sus obras de un frío desconsolador. Expongamos sencillamente la acción del poema. Juan y Pedro son hermanos, este, es el sábio; se dedica á la carrera de medicina, y en holocausto á su saber é importancia, su hermano menor Juan, va por él al servicio cuando á Pedro toca la suerte de soldado. ¡Primer sacrificio del bueno por el sábio! Vuelve Juan de la guerra; entretanto, su hermano concluye la carrera y se casa con la novia de Juan, María, quien acababa de heredar á un tío riquísimo de América pasando solo por esto de ser una aldeana á gran señora.

Todo esto, corregido y aumentado, al llegar á su pueblo Juan Soldado se lo contó con gracia extraordinaria un quinto de Sevilla, que cree que es el gazpacho con guindilla el *summum* de la ciencia culinaria.

Juan, herido por noticias tan desgarradoras, cae en tierra, dándose con la cabeza en el suelo y entonces es conducido á casa del albeitar, y allí, recitado en duro lecho mira huir velozmente sus ilusiones, aquellas que llenaban de sacro fuego su corazón y que le animaban en la ruda campaña, rasgando la densa sombra de los días de desgracia con rayos de la esperanza en días más prósperos y felices.

Así perliendo á su glorioso dueño, Juan, al volver triunfante de la guerra, cayendo de la cúspide de un sueño dió con el cuerpo y con el alma en tierra.

El canto 3.º, que es indudablemente el mejor de todos por los raudales inmensos de poesía en él encerrados, reduce á relatar las impresiones del pobre Juan, al encontrarse solo, triste y abandonado en su pueblo natal y al adhirir á su pensamiento de cada piedra, de cada árbol, de cada casa, dulcísimas memorias.

Juan abandona su pueblo y viene á Madrid, donde llega la vispera de la jornada del 26 de Junio de 1866, en cuyo hecho tomó activa parte y otra vez sacrificándose por su hermano, va en castigo de culpas por este cometidas á Ceuta. Allí conoce á *Roseta*, una valenciana de satánicos instintos que logra cojerlo en sus redes. *Nelo*, el amante de *Roseta*, asesina al marido de esta y luego conduciendo á Juan que estaba ébrio, le encierra en la misma habitación del muerto, no perdiendo Juan su inocencia moral, pero apareciendo esta ya perseguido el mundo, menos para él y sus enemigos, oscurecida por las rojas manchas del espantoso crimen. Así lo considera el consejo de guerra que lo sentencia á muerte, muriendo Juan por aquel infame *Nelo*, que parecía haber sido adiestrado en la misma escuela que el hermano de Juan. Y el poema concluye.

Copiarémos ahora algunas de las mejores estrofas.

(CANTO SEGUNDO.)

Y por instinto, al fin, creyendo ciertos  
los hechos del cronista sevillano,  
se echó angustiado al corazón la mano  
y mano y corazón quedaron yertos:  
y al ir á andar, turbado,  
dió vueltas como un hombre enajenado,  
y emprendiendo una marcha, igual al vuelo  
de un pájaro atontado,  
tambaleando de un lado al otro lado  
resbaló, miró al cielo,  
y al caer desplomado,  
se dió con la cabeza contra el suelo.

(CANTO TERCERO.)

Y como es para el bueno verdadero  
el sitio que se nace, el mundo entero,  
á la choza vendida en que ha nacido  
tan alegre y caliente como un nido,  
dan lo vueltas en círculo incesante,  
aspira con placer siempre que pasa  
la esencia más que todas penetrante  
de las flores del huerto de su casa.  
¡Cuanto el dolor su corazón taladra  
al recordar su loca fantasía  
aquel tiempo feliz en que dormía  
sobre un lecho de ramas en la cuadra!  
Y siempre que pasando iba y venía,  
¡con qué gozo tan puro  
columpiaba el cordel que se extendía  
desde el sauce moron á un viejo muro,  
soñando ver en él, que al sol colgada  
de un lado al otro columpiada vuela  
la ropa de blancura inmaculada  
que tomaba con salvia perfumada  
el olor de los tiempos de su abuela!



En esa cuerda de feliz agüero  
veían con placer las campesinas,  
que al dar su adiós al nido del alero,  
descansaban sobre ella un día entero  
ántes de ir hácia el Sur las golondrinas.  
Y un día en que embriagaban sus sentidos  
oleadas de perfumes y ruidos,  
al mirar con encanto verdadero  
que entónces festoneaban ese alero  
entre nuevos y viejos ocho nidos,  
perdió sus visiones,  
porque de él ya olvidados  
no bajaron del techo descuidados  
á comer en su mano los gorriones.  
Y transido de pena  
por estas y otras cosas que imagina,  
Juan con su cara de paciencia llena  
bendiciendo su casa que era agena,  
por no echarse á llorar volvió la esquina.

Viendo en fin más allá de las montañas  
la choza en que miró la luz primera  
y en que su madre por la vez postrera  
«el hijo le llamó de sus entrañas»,  
después de un gran silencio de agonía,  
perdida ya por el dolor la calma,  
¡a tíos, madre del alma!  
con voz mojada en lágrimas decía,  
y de nuevo gimiendo  
mientras quedó su corazón latiendo  
más vueltas que la rueda de un molino,  
la grande esclusa de su llanto rota  
perdiendo de sus ojos el camino  
fué cayendo en su pecho gota á gota.  
Y como en cierto modo  
son las obras de Dios hasta piadosas  
con las almas houradas y amorosas,  
y hay horas de dolor en que habla todo,  
los séres animados y las cosas,  
mientras vá hácia Madrid con paso lento,  
por la madre que llora en tal momento,  
como ecos de la pena que sentia  
oir y ver creía  
temblar la tierra y suspirar el viento....  
¡Yó vi también cuando murió la mía,  
a las piedras llorar de sentimiento!!

(CANCIÓN QUINTO. ESTROFA FINAL.)

Dejémoste morir á Juan soldado.  
Ya el Génesis decía sábiamente  
que el hombre de dolores agobiado  
no conviene que viva eternamente.  
Nació y vivió inocente,  
fué bueno y por ser bueno, desdichado,  
ayudó de su patria á la victoria,  
y aunque vivió tan útil como honrado  
y creyó á piés juntillas en la gloria,  
murió del todo, pues murió olvidado.  
Aquí da fin la historia  
del buen Juan, es decir, de Juan Soldado.

¡Como en alma tan buena y tan amante  
nadie ha visto una pena semejante,  
por la salud del ser á quien mas amo,  
juro que en este instante  
moja el papel el llanto que derrama!  
Que lo bueno del mundo es que hay en sido,  
porque, cual Juan, creia  
que en el último dia  
todo el que sufre ha de tener consuelo,  
Mandad, Señor, puesto que estamos ciertos  
de que es la vida una incurable peste  
que convierte á los pueblos en desiertos,  
ese dia en que no hábito celeste  
ha de barrer los vivos y los muertos.

El poema (que es sin disputa el mejor de los del Sr. Campoamor) encierra una verdad desconsoladora y por cierto que todos los espectadores hubieran salido del salon con el corazon materialmente despedazado, si no estuviera amenizada la obra de tantos golpes chistosos que aparecian convenientemente, cual vistosos *arco iris* despues de las enfurecidas tormentas.

Tan solo en un punto no estamos conformes con el Sr. Campoamor. El insigne poeta, al poner por titulo a su obra aquel con que ya todos le conocemos y con el que le conoceran las futuras generaciones que lo admiren y aplaudan, parece haber indicado que son malos todos los sabios, pues que los ha puesto en absoluto y seco contraste con los buenos. Habrá algunos, que reúnan cualidades tan auténticas, ¡ya lo creo que los hay! pero en cambio hay otros que son buenos y sábios á un mismo tiempo, y si nó, ahí está el mismo Sr. Campoamor que es sabio, y esto es una verdad como un templo y que es bueno, poseyendo un honradísimo corazon, cuyas palpitaciones surgen en todas sus obras magistrales, gala y ornato de la literatura española.

¿Habrámos de la forma del poema? No, despues de haber dicho tantas cosas lisonjeras, ¿á qué amargar licor tan dulce con el acibar de lo desagradable? ¡Y cuenta que no es poco lo que teníamos que decir! Pero dicen que el silencio es oro y yo que siempre he aceptado esta máxima, hoy la acepto y á su amparo me escabullo, lleno de emociion y de alegría.

Madrid 30 de Mayo de 1881.

La primera verdad.

La primera verdad.

La primera verdad.

VI

Don Francisco de Abarzua. —

---

Morales.

- Pe - don Antonio Rivero de la Cuesta.  
Vpe. - don Conrado Solsona.  
S. 1.º - don Manuel Marco.  
- 2º don Cándido Rafales.  
- 3º don Santiago Moncada.  
- 4º Sr Aspiázu.

literatura

- |     |       |   |
|-----|-------|---|
| Pe  | Alas. | } |
| Vpe | Reus. |   |
| 1.º | moya  |   |
| 2º  |       |   |

Graspiagu.

Sör Aspiazu

Sör Aspiazu.

Je

Alas

Wp

Reus

Sör

Mozu

— re

je alonso

— o

Pacheco

— lo

Sony Ortig

---

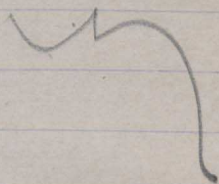
~~Pr. Sr. Conde de Casa - Valencia.  
Vpt. Sr. Don Urbano Gonzalez Serrano.  
Escrib. Sr. Don~~

Presidente. Sr. Don Manuel Silvela.  
Vpt. Sr. Conde de Casa Valencia.  
Escrib. Sr. Don Urbano J. Serrano.  
— 2º Sr. Don Enrique Serrano Fatigati.  
— 3º Sr. Don Maximino P. Diaz.  
— 4º Sr. Don Vicente Colorado.

---

Presidente. Sr. Don Emilio Castelar.  
V. pl. Sr. Don José Velarde.  
— 1º Sr. Don Leopoldo Alas.  
— 2º Sr. Don Amando. P. Valdes.  
— 3º Sr. Don José G. Heredia.  
— 4º Sr. Don Juan Riera.

Presidente. Sr D. José Echegaray,  
Vpt. - Sr D. Laureano Calzadilla,  
S. 1.º - Sr D. José Castañeda,  
S. 2.º - Sr D. José Rodríguez Moureló,  
S. 3.º - Sr D. Manuel Colosa Latorre,  
+ - 4.º Sr D. Eduardo Sanx. Escartín.





# Sección de C. morales y pas

Presidente. Don Urbano G. Serrano.  
Vice-presidente. Don Francisco Pacheco.  
Secretario 1º Don Vicente Colorado.  
— 2º  
— 3º  
— 4º

# Sección de Literatura

Pr Don Ramón de Campoamor  
Vpl Don José de la Cruz  
1º Don J. Henares  
— 2º Don J. Reina  
— 3º Don G. Jurado.  
— 4º Don J. Romblay y Campos  
Naturales  
Pr Don Laureano Calderon  
Vpl Don Ignacio Pintado  
1º Don M. San Juan  
— 2º  
— 3º  
— 4º

Pe Don Eugenio Montero - Rio  
Vpl Don Urbano Conzales. Serrano.  
11<sup>o</sup> Don Enrique Serrano - Fatigati.  
12<sup>o</sup> Don Vicente Colorado.  
13<sup>o</sup> Don Alejandro Testar  
14<sup>o</sup> Don Enrique Galver. Holguin.

pe Don Manuel Canete  
Vpl Don José Velarde  
11<sup>o</sup> Don J. Herrera.  
12<sup>o</sup> Don J. Reina  
13<sup>o</sup> Don J. Miranda.  
14<sup>o</sup> Don J. Humbelay Campoy.

pe Don José Letamundi.  
Vpl Don Laureano Calderín  
11<sup>o</sup> Don Manuel Torres - datout.  
12<sup>o</sup> Don J. José S. S. S.  
13<sup>o</sup> Don J. José S. S.  
14<sup>o</sup>

Carlos Fernández-Shaw.

Coleccion de  
sonetos,  
escojidos por

Carlos Fernandez. Shaw.

Carlos Fernández-Shaw.

# La llegada a Castilla

Cumbres de Guadarrama y de Tenceria,  
columnas de la tierra castellana,  
que por los cielos y los nieves caen  
la frente abais con altivo sombria.  
Campos desiertos como el alma mia  
que ni la flor, ni el árbol se galana,  
cuidados al nacer de la mañana,  
cuidados al morir de breve día.  
Al fin os vuelvo á ver tras larga era,  
os vuelvo á ver con el latido interno  
del patno amor que vivo persevera  
Para mi y para vos llegó el invierno;  
para vos volverá la primavera,  
mas mi invierno; ay de mi! será ya eterno!

Gabriel Garcia-Fassara.

# La envidia.

Helado el corazón y el alma loca,  
implacable en el odio que la inspira  
ennegrecen sus ojos cuánto mira  
y mancha en sus manos cuánto toca.  
El bien ajeno su furor provoca,  
y en las sordas tristezas de su ira  
envenena el ambiente que respira  
y es su lengua un puñal y es hiel su boca.  
Así nace, así vive, así perece;  
el tormento que más le desespera  
está en el menor precio que merece  
y si alguna virtud tener pudiera  
con el rencor que todo lo aborrece  
a sí misma también se aborreciera.

José Selgas.

## En el álbum de una joven poetisa.

¿Versos y á ti? La tarde de mi vida  
que aún era aurora ayer radiante y pura  
extiende su derredor su niebla oscura  
y mis versos, cual yo, van de partida.  
Himnos alegres en la edad florida  
son ya plegarias en la edad madura,  
y al evocar su encanto y su dulzura  
brotó la sangre de la abierta herida.  
No busques el raudal que se ha agotado,  
ni esperanza hay en mí, ni fe' tampoco;  
tú pretendes volar, yo estoy atado.  
¿Ymitarte ó seguirte? Empléu loco:  
tú miras al futuro, yo al pasado:  
tú sueñas imposibles, yo los toco.

Manuel del Palacio.

## A Judas.

Cuando el horror de su traicion impia  
del falso apóstol fasciú la mente  
y del árbol fatidico pendiente  
con rudas convulsiones se mecia;  
complacido en su mísera agonía  
mirabile el demonio frente á frente  
hasta que ya, del término impaciente  
de entrambos pies con ímpetu le asia.  
Mas cuando vió cesar del descompuesto  
rostro la convulsion tímida y fiera  
señal segura de su fin funesto,  
con infernal sonrisa placentera  
sus labios puso en el horrible gesto  
y el beso le volvió que á Cristo diera.

Juan Nicasio Gallego.

## Al partir

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!  
¡Hermosa Cuba! Fu brillante cielo  
la noche cubre con su opaco velo  
como cubre el dolor mi triste frente.  
¡Voy á partir! La churrua diligente  
para arraucarme del nativo suelo  
las velas iza y pronta á su desvelo  
la brisa acude de su zona ardiente.  
¡Adios, patria feliz, eden querido!  
Doquier que el hado en su furor <sup>impela</sup> me  
tu dulce nombre halagara mi oido.  
¡Adios! Ya cruje la turquente vela...  
el ancla se alza... el buque estremecido  
las olas corta y silencioso vuela!

Gertrudis P de Arvellaneda



Ante una pirámide de Egipto. —  
Soneto. —

Quiso imponer al mundo su memoria  
un rey, en su soberbia desmedida,  
y por miles de esclavos construida  
erigió esta pirámide mortuoria. —  
¡Sueño estéril y vano! Ya la historia  
no recuerda su nombre ni su vida,  
que el tiempo ciego en su reloj comida  
dejó la tumba y se llevó la gloria. —  
El polvo que en la palma de la mano  
contempla abortido el caminante; ha sido  
parte del siervo ó parte del tirano?  
¡Ay! todo vá revuelto y confundido  
que guarda Dios para el orgullo humano  
solo una eternidad; la del olvido!

Gaspar Ruiz de Arce. —

Al Cristo, sobre un reloj, atado á la Columna - sin los ministros de los Arotes.

¿Quién á columna y á reloj te auna.  
Señor? si es porque espíritu es tu aliento  
y en la rueda del tiempo fraudulento  
de mi error la constancia á la columna,  
En el sangriento horror que te importuna  
y en el artificioso movimiento  
mis culpas contari de ciento en ciento  
cuando uida las horas de una en una  
Pero; como en el mármol te comprendo  
cuando en Rosales su espacio doras  
Sin los ministros del afán horrendo.  
Mas, ay! que el reloj suple vas traidoras,  
que seoras á todas horas yo te ofendo  
son arotos los golpes de las horas.

Este soneto, sin firma, existe en la Biblioteca que posee el Excmo Sr  
Baron de Benifayó en la Isla Mayor del mar Menor, - El tomo es  
tenta en el tomo esta inscripción: Poesias variadas.  
1732.  
n.º 29. —

Más precios en este valle y pobre aldea  
términos de mi vida peregrina  
despertar cuando el aura matutina  
los copas de los árboles meceas.  
Y al volver de mi nística tarea  
ora en la tarde cuando el sol declina  
miras de derecha frente cristalina  
el humo de mi humilde chimenea,  
Que en la rodante máquina lanzado  
vuelas como centella por los montes,  
paraas como relampago el poblado  
y así robando al viento un segundo  
para hender los finitos horizontes  
sentir la nada al abarcar el mundo.

Antonio Ros de Olano

A Don Quijote.

Alto, seco, rugoso amojacado,  
como en miseria y lóbregos paridos  
aquí por viejas aespas sacudidos,  
allá en mudo golpe magullado.

De andaniga hermosa desdenado  
y de punta de amor muy mal ferido  
cocos, piedras y estacas te han molido  
floriendo sobre tí como un rublado. —

No es de extrañar, aún cuando a alguno asombre  
si larga prole q' al contar me pierde  
heretico dejaste de tu nombre,

que a medias sabio como a medias loco  
tú eres la lucha que sostiene el hombre  
brando loco y razonando cuerdo!!

Emilio Ferrarí.

Q

Imagen espantosa de la muerte,  
sueño cruel, no turbes más mi pecho  
restrañame estas el mundo estrecho  
consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,  
de faja las paredes, de oro el techo  
y el rico arca en el argento lecho  
y temblando con sudor de muerte.

El uno vea el popular tumulto  
romper con furo las herradas puertas  
ó al sobornado serivo el freno oculto,  
el otro sus riquezas descubiertas  
en llave falsa ó en volente insulto  
y dejale el amor sus glorias ciertas.

Lupericio Leonardo de Argensola

Q

No es quien ciñedes. Don Juan, hombre  
que agud blanco y camino de Dona Elvira  
no tiene de ella más, si bien se mira,  
q̄ el haberle costado su dinero  
Pero tambien que me confieses quic̄  
q̄ es tanta la beldad de su mentera  
q̄ en vano á competir con ella aspira  
bellera igual de rostro verdadero.

Nas q̄ mucho que yo perdido ande  
en un engañ tal pues q̄ sabemos  
q̄ un engañ así naturalera.

Porque un cielo azul q̄ todoj venios  
no es cielo ni es azul. ¡Lastima grande  
que no sea verdad tanta bellera!

Lupercio Leonardo de Argensola

# Al sauce y el ciprés.

Quando á las puertas de la noche umbría  
dejando el prado y la floresta amena  
la tarde melancólica y serena  
su misterioso manto recogía  
un macilento sauce al mecia  
por dar alivio á su constante pena  
y en voz suave y de suspiros lleva  
al oír del viento mormural se oía:

34 Triste nací - pero en la tierra morar  
sin felices q' el penoso duelo  
y el llanto oculto y la tristeza ignorar 35

Dijo y sus rasgos apareció en el suelo.

34 Dichosos ¡ay! los que en la tierra lloran  
le contentó un ciprés mirando al cielo. 35

L. S. Selgas.

O Voltaire.

Eres ariste formidable; nada  
resiste a tu satánica ironía,  
al través del sepulcro todavía  
resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada  
cuanto la humana estupidéz era  
y hoy la razón, no más, sino de guía  
a la poble de Adán regenerada.

Ya solo influyes en sus minutos destino,  
la libre religión de las ideas,  
ya la fe miserable a tierra vino,  
ya el Cristo se despluma, ya la bestia  
alumbrando el misterio del camino.  
ya veniste Voltaire.....; Maldito seas!

Gaspar Tineo de Arce



Siempre más.

Ya oculto, ya intranquilo, ya sereno,  
emblema del humano desvarío  
entre quincez o penaz corre el río  
sobre un fondo de dormido cielo.

Corre tranquilamente por mi seno  
mi amor, desventurado por ser mío  
y llorando y llorando tu desvío  
salta y se encorcha de coraje lleo.

No esperez que se cambien veyz dolores  
como rayo de sol en tierra pluma  
o como arma entre puntada flores.

Veñ, y verás entre la espera bruma  
que encuentras más desprecio más amores  
porque encuentras más penaz más espuma.

Carlos Fernández Shaw.

Soy un burro

Soy un buen chico

Soy un burro

Siglo XIX.

Biblioteca teatral.—

Tomo 1 <sup>o</sup> .	<sup>2<sup>o</sup></sup> Martiney de la Rosa	La conjuración de Venecia. Edipo.
	<sup>1<sup>o</sup></sup> Duque de Rivas.	Don Alvaro. El desengañado en un sueño.
Tomo 2 <sup>o</sup> .	<sup>1<sup>o</sup></sup> Garcia Gutierrez	El trovador. El page. El rey monje. Un duelo a muerte. Simón Bocanegra
Tomo 3 <sup>o</sup> .	Garcia Gutierrez	Juan Lorenzo. Sa Uraca de Castilla. Venganza catala na - La enolla. Un gra no de arena.
Tomo 4 <sup>o</sup> .	<sup>1<sup>o</sup></sup> Hartzembusch.	Los amantes de Teruel. Don Al onso el casto. Doña Mercia. La jura en Santa Gadea. Vida por honra.
Tomo 5 <sup>o</sup> .	<sup>2<sup>o</sup> 1<sup>o</sup></sup> Lorrilla.	Don Juan Tenorio. El zapatero y el rey (C. y l. parte) Sanchez Garcia. El eco del torrente. El juicio del godo. Traidos, incusos y mañetas.

Tomo 6.<sup>o</sup> 2.<sup>o</sup> Breton  
 Marcela - Me voy de Madrid.  
 A Madrid me vuelvo. Un ter-  
 cero en discordia. Muérete  
 y verás. El pelo de la dehesa  
 Agua de tantas. Mi secretari-  
 yo. La escuela del matrimonio

Tomo 7.<sup>o</sup> 2.<sup>o</sup> Sily Larate  
 Carlos 2.<sup>o</sup> el Hechirado.  
 Guzman el Bueno.  
 Alfonso Munio - Baltasar.  
 S. S. Avellaneda  
 La hija del Rey René.  
 La hija de las flores.

Tomo 8.<sup>o</sup> 2.<sup>o</sup> V de la Vega  
 El hombre de mundo.  
 La muerte de César.  
 Don Fernando de Antequera  
 E. F. Sans.  
 Don Francisco de Quevedo  
 Achaques de la vejez.

Tomos 9.º	7.º Rubi	Borrascas del corazón. Trabel la Católica. — La escala de la vida El gran filon. — De potencia Pasarse del porvenir á potencia.
Tomos 10.º	9.º Igualar	Las quevellas del Rey Sabio — El patriar- ca del Túria. La vaquera de la Piniop- sa. La eny del matrimonio. Los soldados de plomo. —
Tomos 11.º	1.º Larra (L. Mde)	La oración de la tarde. El caballero de gra- cias. — Los corajones de oro. Trés piés al gato. Los lajos de la familia. El amor y el interés. — El beso de Judas.
Tomos 12.º	2.º Ayala	El hombre de Estado. Rioja. — El tejido de vidrio. El tanto por ciento. El nuevo Don Juan. Consuelo.
Tomos 13.º	1.º Tamayo	No hay mal que por bien no venga. Lo positivo. Angela. Hija y madre. Vir- gínia.



Tomos 14°	Tamayo.	Leura de amor. La bola de nieve Cances de honor. Un drama nuevo. Los hombres de bien
Tomos 15°	Hurtado.	29. Merit en la sombra. Sueños y reali- dades. El tison roto. La voz del cora- zon. En la sombra. Entre el deber y el derecho.
Tomos 16°	Hurtado y Nuñez de Arce.	El laurel de la Hibia. La jota aragonesa. Deudas de la honra. Quién debe paga. Justicia providencial. - El haz de leña, -
Tomos 17°	29 Gaspar.	La chismosa. La levita. Las circunstancias. El estíma- go. La nodriza. La lengua. Problema
Tomos 18°	30 Serra.	Con el diablo a cuchilladas. El re- loj de S. Plácido. El loco de la que- dilla. Don Tomás. Luz y sombra El querer y el no saber. .... El Amor y la gaceta

Tomo 19.º	Blasco	<p>El punto blanco. - El baile de la Condessa. El anzuelo. - Jugar al escondite. - La rosa amarilla Juan Garcia. ; Si yo tuviera dinero! Pobre porfiado.....</p>
Tomo 20.º	Selles	<p>El nudo gordiano. La Torre de Falavera. El cielo o el suelo.</p>
	Cano	<p>Los laureles de un poeta. La opinion pública. La mariposa.</p>
Tomo 21.º	Lchevarria	<p>La Evidencia. lo que vale el talento</p>
	Reter y	<p>L'Hereu. La Fornarina. El ejemplo.</p>
	Santibañy	<p>Una boda en palacio.</p>
Tomo 22.º	Fernandez	<p>Deudas de la conciencia. La summa</p>
	Wongalyte	<p>de lineros. El lid.</p>
	Palou	<p>La Campana de la Almodaina.</p>
	Zapata	<p>la capilla de Sanja. El solitario de Guste.</p>

Tomos 23-

Coello

El príncipe Flaules

Catalina

El Paso. No hay <sup>buena fin</sup> ~~buena fin~~   
 ~~por mal no venga.~~   
 ~~por mal no venga.~~

Hernán

La Virgen de la Lorena. -

S. de las

Hernánegildo -

Balacín

En aras de la justicia

R. Muña

Renzi el tribuno. -

Tomos 24°

Cavertan

El esclavo de su culpa. Sobre   
 quien viene el castigo. Despar-   
 tar en la sombra. -

Palencia

Carrera de obstáculos - El quar-   
 dian de la casa. -   
 <sup>Caminos</sup> ~~Palencia~~

Tomos 25°

Caligaris

El libro talonario. La esposa   
 del vengador. En el puño de   
 la espada. - Como empieza y   
 como acaba. O leura o santi-   
 dad. Lo que no puede decir   
 se. El Gladiador de Rávena.

